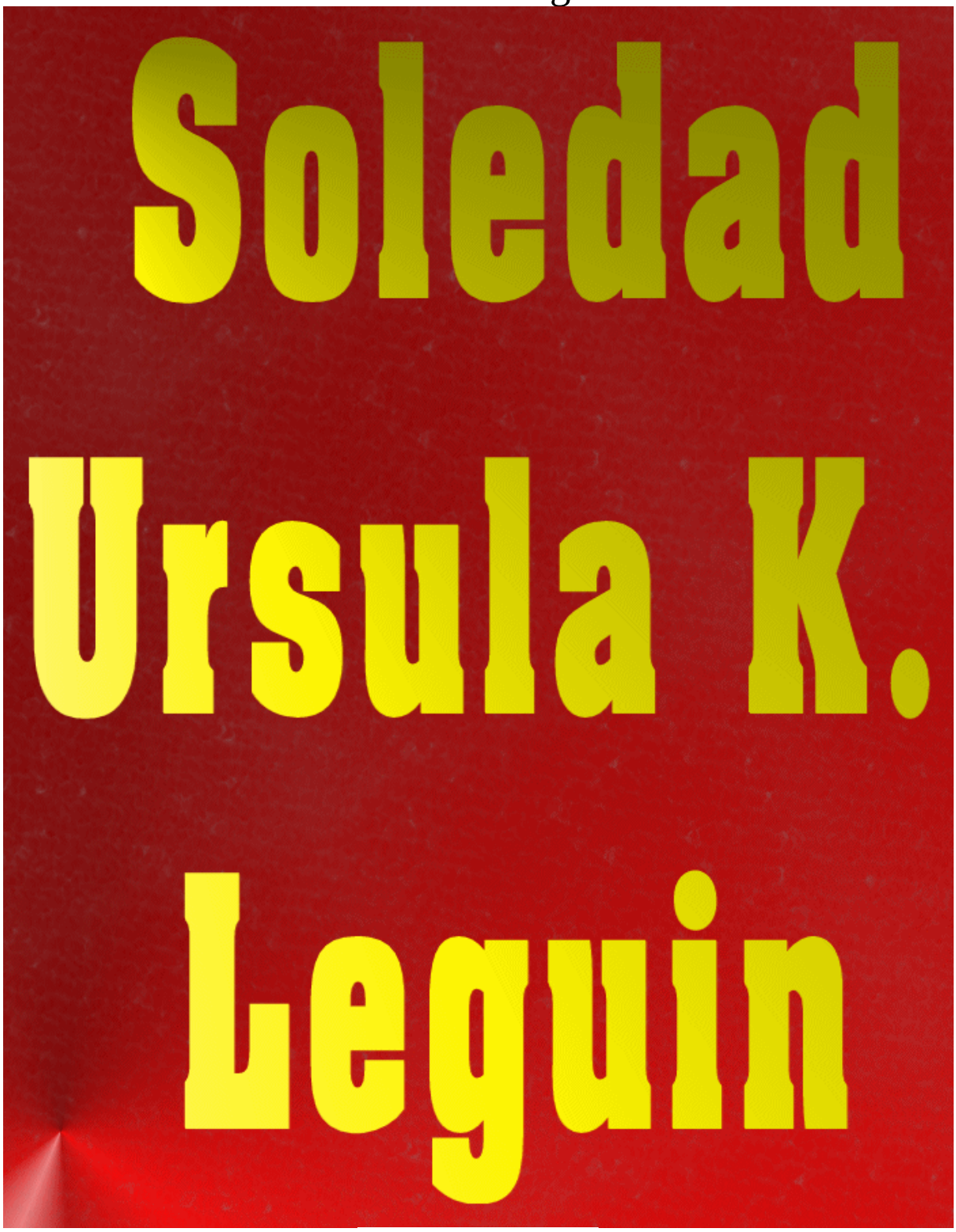
Soledad
Ursula K. Leguin



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Texto adjunto a «POBREZA: Segundo Informe sobre Once-Soro» de la Móvil Entselenne temharyonoterregwis Hoja, escrito por su hija, Serenidad.

Mi madre, etnóloga de campo, se tomó el trabajo de aprender todo lo posible sobre el pueblo de Once-Soro como un desafío personal. El hecho que usara a sus propios hijos para cumplir con ese desafío podría considerarse un egoísmo o egocentrismo. Ahora que he leído su informe, sé que finalmente pensó que se había equivocado. Sabiendo lo que le costó, me gustaría que supiera de mi gratitud hacia ella por permitirme crecer como una persona.

Poco después que una sonda robot informara de la existencia de personas de Descendencia Hainita en el onceavo planeta del sistema Soro, mi madre se incorporó a la dotación orbital como asesora de los tres Primeros Observadores que bajarían al planeta. Venía de pasar cuatro años en las ciudades-árbol del cercano Huthu. Mi hermano, Nacido Con Júbilo, tenía ocho años y yo cinco; mamá quería trabajar un año o dos a bordo de una nave para que nosotros dos pudiéramos asistir un tiempo a una escuela del estilo hainita. Mi hermano había disfrutado mucho de las selvas tropicales de Huthu, pero, aunque sabía braquiar, apenas sabía leer, y además teníamos todos un color celeste intenso a causa de los hongos cutáneos. Mientras Nacido aprendía a leer y yo a usar ropa y todos nos hacíamos tratamientos antihongos, Once-Soro comenzó a intrigar a mi madre tanto como frustraba a los Observadores.

Todo eso figura en el informe de ella, pero yo voy a contarlo como ella me lo explicó, porque así me es más fácil recordar y comprender. La sonda había grabado el idioma y los Observadores lo estaban estudiando desde hacía un año. Como las muchas variantes dialécticas justificaban su pronunciación y sus errores, informaron que el idioma no constituía una dificultad. Sin embargo, hubo un problema de comunicación. Los dos Observadores hombres se encontraron aislados, bajo sospecha de hostilidad, incapaces de establecer cualquier tipo de conexión con los hombres nativos, que vivían en casas aisladas, como ermitaños o en pareja. Descubrieron comunidades de adolescentes varones y trataron de hacer contacto con ellos, pero cuando ingresaban en el territorio de tales grupos los jóvenes huían, o bien se lanzaban desesperadamente sobre ellos, tratando de matarlos. Las mujeres, que vivían en lo que llamaron «aldeas dispersas», los echaban con andanadas de piedras apenas se acercaban a sus casas. «Creo», informó uno de los Observadores, «que la única actividad comunitaria de las sorovianas es arrojarles piedras a los hombres».

Ninguno de los dos logró mantener una conversación de más de tres frases con un hombre. Uno tuvo relaciones carnales con una mujer que se acercó a donde acampaba. Informó que, aunque ella le hizo inconfundibles e insistentes insinuaciones, pareció muy perturbada cuando él intentó conversar, se negó a contestar sus preguntas y finalmente se fue, como él dijo, «ni bien consiguió lo que había venido a buscar».

A la Observadora mujer le permitieron establecerse en una casa en desuso, ubicada en una «aldea» (o tianillo) de siete casas. Realizó excelentes observaciones de la vida diaria, o al menos de lo poco que pudo ver, y mantuvo varias conversaciones con mujeres adultas y muchas con niños, pero descubrió que las demás mujeres nunca la invitaban a sus casas, ni esperaban que ayudara ni que pidiera ayuda en ningún trabajo. Las mujeres veían con malos ojos las conversaciones referentes a las actividades normales; los niños, sus únicos

informantes, la llamaban Tía Disparate. Su conducta aberrante inspiró una desconfianza y un disgusto cada vez mayores entre las mujeres, que entonces comenzaron a alejarla de los niños. Se fue. «No hay manera», le dijo a mi madre, «que un adulto aprenda nada. No hacen preguntas, no responden preguntas. Lo que aprenden, lo aprenden cuando son niños».

«¡Ajá!», se dijo mi madre, mirándonos a Nacido y a mí. Y solicitó la transferencia de toda la familia a Once-Soro, en carácter de Observadores. Los Estables la entrevistaron extensamente por ansible y también hablaron con Nacido e incluso conmigo —yo no lo recuerdo, pero mamá me dijo que les conté a los Estables toda la historia de mis medias nuevas— y finalmente accedieron a su pedido. La nave debía permanecer en órbita cercana, conservando en su dotación a los Observadores anteriores, y mi madre debía mantenerse en contacto radial, si era posible a diario.

Tengo un borroso recuerdo de las ciudades-árbol y de estar jugando en la nave con lo que debió ser un gatito o un equipo ghole, pero mis primeros recuerdos nítidos son de la casa del tianillo. Está mitad bajo tierra, mitad por encima, y tiene paredes de barro y paja. Mamá y yo estamos sentadas afuera, bajo el cálido sol. Entre nosotras hay un gran charco de barro; Nacido está tirando agua que trae en una canasta y luego corre al arroyo a buscar más. Yo revuelvo el barro con las manos, fascinada, hasta que queda espeso y sin grumos. Levanto un doble puñado y lo arrojo contra las paredes, donde todavía se ven los palos. Mamá dice «¡Muy bien! ¡Perfecto!» en nuestro nuevo idioma, y me doy cuenta que esto es un trabajo y que soy yo la que lo está haciendo. Estoy reparando la casa. Lo estoy haciendo muy bien, perfecto. Soy una persona competente.

Nunca dudé de eso, el tiempo que viví allí.

Estamos dentro de la casa, por la noche, y Nacido está hablando por radio con la nave, porque extraña hablar el viejo idioma, e igualmente se supone que debe contarles cosas. Mamá está haciendo una canasta y maldiciendo los juncos agrietados. Yo estoy cantando una canción para tapar la voz de Nacido, para que nadie del tianillo lo escuche hablando raro; además, me gusta cantar. Aprendí esta canción esta misma tarde, en la casa de Hyuru. Con Hyuru la toco todos los días, «Estén alertas, escuchen, escuchen, estén alertas», canto. Cuando mamá deja de maldecir, me escucha y entonces enciende el grabador. Todavía queda algo del fuego donde cocinamos la cena, que fue una rica raíz de pigi. Nunca me canso del pigi. Es oscuro, cálido, y tiene olor a pigi y a duhur quemado, que es un olor fuerte, sagrado, que sirve para quitarse de encima la magia y los malos sentimientos, y sigo cantando «Escuchen, estén alertas», y me da cada vez más sueño, y me recuesto contra mamá, que es oscura, cálida y tiene olor a mamá, fuerte y sagrada, llena de buenos sentimientos.

Nuestra vida diaria en el tianillo era repetitiva. En la nave, más adelante, me enteré que la gente que vive en situaciones artificialmente complicadas suele llamar «simple» a ese tipo de vida. Nunca conocí a nadie, en ninguno de los lugares donde estuve, que pensara que la vida era simple. Pienso que una vida o un tiempo parecen simples cuando uno deja de lado los detalles, igual que un planeta parece liso visto desde la órbita.

Por cierto, nuestra vida en el tianillo era fácil, en el sentido que teníamos al alcance de la mano los medios para satisfacer nuestras necesidades. Había abundancia de comida que era necesario recoger o cultivar y preparar y cocinar; abundancia de temmas que había que cosechar, macerar e hilar para tejer la ropa y las sábanas; abundancia de mimbre para hacer canastas y para techar. Nosotros, los niños, teníamos otros niños para ir a jugar, madres que

nos cuidaban y muchísimo que aprender. Nada de eso es simple, aunque es bastante fácil cuando sabes hacerlo, cuando estás atento a los detalles.

No era fácil para mi madre. Para ella era difícil y complicado. Tenía que fingir que conocía los detalles, cuando en realidad los estaba aprendiendo, y tenía que pensar en la manera de informar sobre este modo de vida, de explicárselo a la gente de otro lugar que no lo comprendía. Para Nacido fue fácil hasta que se le hizo difícil por ser varón. Para mí fue todo fácil. Aprendí a trabajar, jugué con los chicos y escuché cantar a las madres.

La Primera Observadora tenía razón: no había manera que una mujer adulta aprendiera a hacer su alma. Mamá no podía ir a escuchar cantar a otra madre; les hubiera parecido muy extraño. Todas las tías sabían que a ella no la habían criado como correspondía y algunas le enseñaron bastante sin que se diera cuenta. Decidieron que su madre había sido una irresponsable, que había salido explorar en vez de radicarse en un tianillo, y que por eso la hija no se había educado bien. Por ese motivo, todas las tías, hasta las más retraídas, me dejaban escuchar junto a sus hijos, para que yo llegara a ser una persona educada. Pero, por supuesto, no podían invitar a una adulta. Nacido y yo teníamos que contarle de todas las canciones e historias que aprendíamos, y después ella las contaba por radio, o nosotros las contábamos por radio mientras ella nos escuchaba. Pero ella nunca las entendía de verdad. ¿Cómo podía entenderlas si quería aprendérselas siendo ya adulta, después de haber vivido siempre con los magos?

—¡Estén alertas! —parodiaba ella mi solemne y quizás irritante imitación de las tías y niñas mayores—. ¡Estén atentos! ¿Cuántas veces por día dicen eso? ¿Atentos a qué? Ellas no están atentas a lo que son las ruinas, su propia historia... ¡no se prestan atención ni entre sí! ¡Ni siquiera se hablan! ¡Atentos, claro que sí!

Cuando le hablé de una de las historias sobre el Tiempo Anterior que Tía Sadne y Tía Noyit nos habían contado a sus hijas y a mí, advertí que mamá interpretaba las cosas mal. Le conté del Pueblo y ella dijo:

—Son los antepasados de la gente que ahora vive aquí.

Cuando le dije que aquí ya no había gente, no me entendió.

—Ahora hay personas —le dije, pero ella siguió sin entender.

A Nacido le gustaba la historia del Hombre Que Vivía Con Mujeres: tenía mujeres encerradas en un corral, igual que algunas personas encierran a las ratas en un corral para luego comérselas, y todas ellas quedaron encintas, y cada una tuvo cien bebés, y los bebés crecieron y se transformaron en horribles monstruos, y se comieron al hombre, a sus madres y entre sí. Mamá nos explicó que se trataba de una parábola de la superpoblación humana que había sufrido este planeta hacía miles de años.

—No, no es así —le dije yo—. Es una fábula moralizadora.

—Bueno, sí —contestó mamá—. La moraleja es: «no tengas muchos bebés».

—No, no es así —le dije—. ¿Quién podría tener cien bebés, aunque quisiera? El hombre era hechicero. Hacía magia. Las mujeres le hacían magia a él. Entonces, por supuesto, los hijos se transformaron en monstruos.

La clave, por supuesto, es la palabra «tekell», que se traduce a la hermosa palabra hainita «magia», un arte o poder que viola la ley natural. Para mamá era difícil entender que aquí algunas personas consideran que la mayoría de las relaciones personales son antinaturales; que el casamiento, por ejemplo, o el gobierno, pueden ser vistos como hechizos maléficos urdidos por magos. Para su pueblo es difícil creer en la magia.

Los de la nave nos preguntaban insistentemente si estábamos bien; de vez en cuando, algún Estable conectaba el ansible a nuestra radio y nos interrogaba sin tregua, a mamá y a nosotros. Ella siempre los convencía que debía quedarse, porque, a pesar de sus frustraciones, estaba haciendo el trabajo que los Primeros Observadores no habían podido hacer.

Durante esos primeros años, Nacido y yo estuvimos más contentos que lodopeces en el barro. Creo que mamá también comenzó a ser feliz, una vez que se acostumbró al ritmo lento y al modo indirecto en que tenía que aprender las cosas. Se sentía sola, extrañaba hablar con otros adultos y nos decía que sin nosotros se hubiese vuelto loca. Si extrañaba el sexo, nunca lo demostró. Creo, sin embargo, que su Informe no es muy completo en lo referente a temas sexuales, quizás porque esas cosas la perturbaban. Sé que, cuando comenzamos a vivir en el tianillo, dos de las tías, Hedimi y Behyu, solían encontrarse para hacer el amor, y que Behyu cortejó a mi madre, pero que mamá no la entendió, porque Behyu no hablaba como mi madre quería que le hablara. No concebía tener relaciones sexuales con una persona que no la dejaba entrar en su casa.

Una vez, cuando yo tenía unos nueve años y había estado escuchando lo que decían algunas de las chicas más grandes, le pregunté por qué no salía a explorar.

—Tía Sadne podría cuidar de nosotros —dije, esperanzada. Estaba cansada de ser la hija de la mujer sin educación. Quería vivir en casa de Tía Sadne y ser igual a los otros niños.

—Las madres no salen a explorar —me dijo, retándome como una tía.

—Sí, a veces sí —insistí—. Tienen que hacerlo, porque si no, ¿cómo hacen para tener más de un bebé?

—Van a ver a los hombres que viven cerca del tianillo. Cuando quiso un segundo hijo, Behyu volvió a visitar al Hombre Montículo Rojo. Cuando quiere sexo, Sadne va a visitar al Hombre Rengo Río Abajo. Conocen a los hombres de aquí. Ninguna de las madres sale a explorar.

Me di cuenta que, en este caso, ella tenía razón y yo estaba equivocada, pero me aferré a mi punto de vista.

—Bueno, ¿por qué no vas a ver al Hombre Rengo Río Abajo? ¿Nunca quieres sexo? Migi dice que ella tiene ganas todo el tiempo.

—Migi tiene diecisiete años —dijo mamá secamente—. Ocúpate de tus propios asuntos. —Sonaba exactamente igual que todas las demás madres.

Durante mi infancia, los hombres fueron una especie de misterio poco interesante. Aparecían mucho en las historias del Tiempo Anterior y las chicas del círculo de canto hablaban de ellos, pero yo no los veía casi nunca. A veces, atisbaba alguno en mis recorridas de recolección de víveres, pero nunca se acercaban al tianillo. En verano, el Hombre Rengo Río Abajo se sentía solo de tanto esperar a Tía Sadne y salía a merodear no muy lejos del tianillo, no en el monte ni junto al río, por supuesto, donde podían confundirlo con un vagabundo y apedrearlo, sino a campo abierto, en las laderas de las colinas, donde todos podían ver quién era. Hyuru y Didsu, las hijas de Tía Sadne, me dijeron que su madre se había acostado con ese hombre la primera vez que ella salió a explorar, y que siempre se acostaba con él y que nunca había probado con los otros hombres del caserío.

Además, les había dicho que su primer hijo había sido un varón y que lo había ahogado, porque no quería criar a un varón para luego tener que enviarlo lejos. Las chicas se sentían raras al respecto, y yo también, pero no era algo fuera de lo común. Una de las historias que aprendímos se trataba de un niño ahogado que crecía debajo del agua, se apoderaba de su madre una vez que ella iba a bañarse y trataba de retenerla en las profundidades para que también se ahogara, pero ella escapaba.

Bueno, después que el Hombre Rengo Río Abajo se quedaba sentado durante días en las laderas de las colinas, cantando largas canciones y trenzando y destrenzando su pelo, que también era largo y brillaba, negro, con la luz del sol, Tía Sadne siempre se iba una o dos noches con él y regresaba de mal humor y muy callada.

Tía Noyit me explicó que las canciones del Hombre Rengo Río Abajo eran mágicas, pero que no se trataba de la magia maléfica habitual, sino de lo que ella llamaba «grandes hechizos benignos». Tía Sadne nunca podía resistirse a esos hechizos.

—Pero él no tiene ni la mitad del encanto de otros hombres que he conocido —me dijo Tía Noyit, sonriendo con el recuerdo.

Nuestra dieta, aunque excelente, era muy baja en grasas; según mi madre, esto podía explicar el despertar algo tardío de la pubertad: las niñas muy rara vez menstruaban antes de los quince años y los varones casi nunca maduraban hasta que eran considerablemente más grandes. Pero apenas los varones mostraban cualquier mínimo signo de adolescencia, las mujeres comenzaban a mirarlos de reojo. Primero Tía Hedimi, que siempre estaba ceñuda, y después Tía Noyit e incluso Tía Sadne, comenzaron a negarle el saludo a Nacido, a dejarlo de lado, a no contestarle cuando hablaba. «¿Qué haces jugando con niños?», le preguntó una vez Tía Dnemi, con tanta ferocidad que Nacido llegó a casa llorando. Todavía no había cumplido los catorce.

La hija menor de Sadne, Hyuru, era mi compañera de alma... mi mejor amiga, como dirían ustedes. Un día, su hermana mayor, Didsu, que a estas alturas ya formaba parte del círculo de canto, vino un día y me habló, muy seria.

—Nacido es muy apuesto —dijo. Yo asentí, orgullosa—. Muy grande, muy fuerte —dijo—, más fuerte que yo.

Volví a asentir con orgullo, pero luego comencé a retroceder.

—No estoy haciendo magia, Ren —me dijo.

—Sí, sí —le dije—. ¡Se lo diré a tu madre!

Didsu meneó la cabeza.

—Estoy tratando de hablar con sinceridad. Si mi miedo te provoca miedo, no puedo evitarlo. Así debe ser. Ya lo hablamos en el círculo de canto. No me gusta —me dijo, y yo sabía que era sincera. Tenía un rostro suave, ojos suaves; siempre había sido la más dulce de todas las chicas—. Ojalá Nacido todavía fuera un niño —dijo—. Ojalá lo fuera yo. Pero no podemos.

—Entonces conviértete en una estúpida mujer —le dije, y salí corriendo.

Fui a mi lugar secreto, junto al río, y lloré. Saqué los sagrados de mi bolsa de alma y los acomodé en el suelo. Uno de los sagrados —no importa que lo cuente— era un cristal que me había regalado Nacido, claro en la parte superior y de un púrpura turbio en la base. Lo tuve en la mano un largo rato y luego lo devolví. Hice un pozo debajo de una roca y envolví el sagrado en hojas de duhur y luego en un cuadrado de tela que corté de mi falda, una tela hermosa, fina, que Hyuru había tejido y cosido para mí. Corté el cuadrado de la parte delantera, para que se viera. Devolví el cristal y después me quedé mucho tiempo cerca de él. Cuando volví a casa, no comenté nada de lo que me había dicho Didsu, pero Nacido estaba muy callado y mamá parecía preocupada.

—¿Qué hiciste con la falda, Ren? —me preguntó. Levanté un poco la cabeza y no le contesté; mamá comenzó a hablar de nuevo y después no habló más. Finalmente, había aprendido que no tenía que hablarle a una persona que optaba por el silencio.

Nacido no tenía compañero de alma, pero jugaba cada vez más seguido con los dos varones de edades más cercanas a la suya: Ednede, que tenía uno o dos años más, un chico leve y callado, y Bit, que sólo tenía once años, pero era revoltoso y atolondrado. Siempre se estaban yendo a algún sitio, los tres juntos. Yo no les prestaba mucha atención, en parte porque estaba contenta de no tener a Bit cerca. Hyuru y yo estábamos practicando estar alertas y era muy cansador tener que estar siempre alertas de lo que hacía Bit, que se la pasaba gritando y saltando. Nunca dejaba a nadie tranquilo, como si la tranquilidad de los demás le arrebatara algo suyo. Su madre, Hedimi, lo había educado, pero no era buena para cantar ni para contar historias como Sadne y Noyit y, además, Bit era demasiado inquieto para escucharlas aunque fuera a ellas. Siempre que nos veía a Hyuru y a mí tratando de caminar lento o de quedarnos sentadas y en estado de alerta, nos rondaba haciendo ruido, hasta que nosotras nos enojábamos y le decíamos que se fuera, y entonces él se burlaba, diciendo «¡Niñas tontas!».

Una vez le pregunté a Nacido qué era lo que hacían Bit, Ednede y él, y me contestó:

—Cosas de varones.

—¿Como qué?

—Practicar.

—¿Practicar estar alertas?

Pasado un momento, dijo:

—No.

—¿Practicar qué, entonces?

—Lucha. Fuerza. Para el grupo de jóvenes. —Sonaba melancólico, pero después agregó—: Mira —y me mostró un cuchillo que tenía escondido debajo del colchón—. Ednede dice que hay que tener un cuchillo, porque así nadie te va a desafiar. ¿No es una hermosura? —Era de metal, viejo metal del Pueblo, con forma de junco, martillado y afilado en los dos extremos, con punta aguzada. Para proteger la mano, le habían colocado un trozo de madera de árbol-piedra, lustrado, agujereado y atornillado al mango—. Lo encontré en una casa de hombre que estaba vacía —me dijo—. La parte de madera la hice yo. —Lo giró amorosamente. No lo tenía guardado en la bolsa de alma.

—¿Qué se hace con él? —le dije, preguntándome por qué tendría filo en los dos extremos, puesto que podía cortarse la mano si llegaba a usarlo.

—Para alejar a los atacantes —dijo.

—¿Dónde estaba la casa de hombre vacía?

—Pasando la Cima Rocosa.

—Si vuelves, ¿puedo ir contigo?

—No —dijo sin aspereza, pero cortante.

—¿Qué le pasó al hombre? ¿Murió?

—En el arroyo había una calavera. Creemos que se resbaló y se ahogó.

No hablaba como Nacido. Había algo en su voz que sonaba adulto: melancolía, reserva. Yo había acudido a él buscando confianza, pero ahora mi angustia era más profunda que antes. Fui a ver a mamá y le pregunté:

—¿Qué hacen los chicos en los grupos de jóvenes?

—Llevan a la práctica la selección natural —me dijo, no en mi idioma, sino en el suyo, con tono nervioso. Yo no siempre entendía el hainita y no tenía idea a qué se refería, pero el tono de su voz me entristeció y luego, para mi horror, advertí que mamá comenzaba a llorar en silencio—. Tenemos que mudarnos, Serenidad —dijo. Estaba hablando otra vez en hainita, sin darse cuenta—. No hay ningún motivo para que una familia no se mude, ¿verdad? Las mujeres se mudan de aquí para allá a su antojo. A nadie le importa lo que hacen las demás. Nada es asunto de nadie. ¡Salvo cuando se trata de echar a los hombres fuera del pueblo!

Yo entendí casi todo lo que dijo, pero la obligué a repetirlo en mi idioma y luego contesté:

—Pero donde sea que vayamos, Nacido tendrá la misma edad, el mismo tamaño y todo eso.

—Entonces nos iremos del todo —dijo con ferocidad—. Volveremos a la nave.

Me aparté de ella. Nunca antes le había tenido miedo; nunca había usado magia conmigo. Una madre tiene grandes poderes, pero en ellos no hay nada antinatural... a menos que los use en contra del alma de su hijo.

Nacido no le tenía miedo. Él tenía su propia magia. Cuando mamá le dijo que tenía intenciones de hacernos volver, la convenció de lo contrario. Quería incorporarse al grupo de jóvenes, dijo él; estaba esperando desde hacía un año. Ya no pertenecía al tianillo, a las mujeres, las chicas y los niñitos. Quería irse a vivir con los otros muchachos. El hermano mayor de Bit, Yit, era miembro del grupo de jóvenes del Territorio Cuatro Ríos y se ofrecía a cuidar de los chicos de nuestro tianillo. Ednede estaba a punto de irse. Y Nacido, Ednede y Bit habían estado hablando con unos hombres hacía poco. Los hombres no eran todos ignorantes y locos, como pensaba mamá. No hablaban mucho, pero sabían mucho.

—¿Qué saben? —le preguntó mamá, ceñuda.

—Saben ser hombres —dijo Nacido—. Es lo que voy a ser yo.

—Pero no esa clase de hombre... ¡si puedo evitarlo! Nacido Con Júbilo, debes recordar a los hombres de la nave, a los hombres en serio... que no se parecen en nada a estos pobres ermitaños mugrientos. ¡No permitiré que crezcas pensando que debes convertirte en eso!

—No son así —dijo Nacido—. Tienes que ir a hablar con ellos, mamá.

—No seas ingenuo —dijo ella con una carcajada nerviosa—. Sabes perfectamente bien que las mujeres no van a ver a los hombres para hablar.

Yo sabía que se equivocaba: todas las mujeres del tianillo conocían a todos los hombres que vivían a tres días de caminata a la redonda. Hablaban con ellos cuando salían a buscar víveres. Sólo se apartaban de los que no merecían su confianza y esos hombres, casi siempre, terminaban desapareciendo al poco tiempo. Noyit me dijo una vez: «Su magia se vuelve contra ellos». Se refería a que los otros hombres los echaban o los mataban. Pero no comenté nada de todo esto y Nacido contestó:

—Bueno, el Hombre Caverna del Acantilado es muy agradable. Y nos llevó al lugar donde encontré esas cosas del Pueblo. —Hablaba de unos artefactos antiguos que habían entusiasmado a mamá—. Los hombres saben cosas que las mujeres no saben —continuó Nacido—. Al menos podría ir al grupo de jóvenes por un tiempo. Tendría que ir. ¡Podría aprender mucho! No tenemos ninguna información consistente sobre ellos. Lo único que conocemos es este tianillo. Iré y me quedaré lo suficiente para conseguir material para el informe. Cuando me vaya de allí, nunca podré regresar ni al tianillo ni al grupo de jóvenes. Tendré que irme a la nave o, de lo contrario, tratar de ser hombre. Así que... déjame hacer la prueba, por favor, mamá.

—No sé por qué crees que tienes que aprender a ser hombre —dijo ella después de una pausa—. Ya sabes serlo.

Entonces, él sonrió en serio y ella lo rodeó con un brazo.

¿Y yo?, pensé. Ni siquiera sé lo que es la nave. Quiero quedarme aquí, donde está mi alma. Quiero seguir aprendiendo a estar en el mundo.

Pero tenía miedo de Nacido y de mamá, porque estaban los dos haciendo magia, y entonces no dije nada y me quedé callada, como me habían enseñado.

Ednede y Nacido se fueron juntos. Noyit, la madre de Ednede, estaba tan contenta como mamá que se fueran juntos, aunque no dijera nada. La noche antes de su partida, los dos muchachos visitaron todas las casas del tianillo. Les tomó mucho tiempo. Las casas estaban alejadas una de la otra, al alcance de la vista o del oído de una o dos de las demás, pero separadas por matorrales y jardines y zanjas de irrigación y senderos. En todas las casas, las madres y los hijos los esperaban para despedirse, aunque no decían nada; mi idioma no tiene palabras para decir «hola» o «adiós». Invitaban a los chicos a pasar y les daban algo para comer, algo que podían llevarse con ellos para el camino al Territorio. Cuando los chicos llegaban a la puerta, todos los que vivían en la casa salían y les tocaban la mano o la mejilla. Me hizo acordar de cuando Yit salió a visitar las casas del tianillo, igual que ellos. En aquel momento yo me había puesto a llorar porque, aunque Yit no me gustaba mucho, me parecía muy extraño que alguien se fuera para siempre, como si se estuviera muriendo. Esta vez no lloré, pero me desperté una y otra vez, hasta que, con las primeras luces del amanecer, oí que Nacido se levantaba, recogía sus cosas y se iba en silencio. Sé que mamá también estaba despierta, pero hicimos lo que debíamos hacer: nos quedamos calladas mientras él se iba, y seguimos calladas hasta mucho tiempo después.

He leído la descripción de mamá de lo que ella llama «el varón adolescente abandona el tianillo: vestigios vivos de una ceremonia».

Mamá quería que Nacido llevara una radio en la bolsa de alma para ponerse en contacto con él, al menos de vez en cuando. Pero él no aceptó llevarla.

—Quiero hacer las cosas bien, mamá. Si las cosas no se hacen bien, no tiene sentido hacerlas.

—Es que no puedo soportar no tener noticias tuyas, Nacido —le dijo ella, en hainita.

—Pero si la radio se rompe o algo así, ¿no te preocuparías muchísimo más, quizás sin ninguna razón?

Finalmente, mamá accedió a esperar medio año, hasta la primera lluvia; entonces iría a un lugar que era un punto habitual de referencia, una enorme ruina, cerca del río, que marcaba la frontera sur del Territorio, y Nacido intentaría ir a su encuentro.

—Pero espérame sólo diez días —dijo Nacido—. Si no puedo ir, no puedo.

Ella aceptó. Era como una madre con un bebé pequeñito, pensé yo, diciéndole que sí a todo. A mí me parecía mal, pero pensé que Nacido tenía razón. Nunca nadie había vuelto a los brazos de su madre después de haber ingresado en el grupo de jóvenes.

Pero Nacido volvió.

El verano fue largo, claro, hermoso. Yo estaba aprendiendo a observar estrellas, que es cuando te acuestas afuera, entre las colinas, en las noches de la estación seca, y encuentras una determinada estrella en el cielo oriental y la observas cruzar el cielo hasta que se pone. Se puede apartar la vista, por supuesto, para descansar los ojos y dormitar, pero hay que tratar de seguir mirando la estrella y las estrellas que la rodean hasta que sientes girar la tierra, hasta que tomas conciencia que las estrellas, el mundo y el alma se mueven juntos. Después que la estrella elegida se pone, hay que dormir hasta que el amanecer te despierta. Entonces, como siempre, saludas al sol con un silencio alerta. Me sentí muy feliz, allá en las colinas, durante esas magníficas y cálidas noches, durante esos amaneceres luminosos. La primeras dos veces, Hyuru y yo observamos juntas, pero después fuimos solas, y solas era mejor.

Volvía de una de esas noches, caminando por el angosto valle que está entre la Cima Rocosa y la Colina Encima de Casa, bajo las primeras luces del alba, cuando de pronto apareció un hombre, avanzando estrepitosamente por la espesura; descendió por el sendero y se detuvo delante mío.

—No tengas miedo —me dijo—. ¡Escucha! —Era corpulento y de baja estatura, estaba medio desnudo y olía mal. Me quedé quieta como un árbol. Me había dicho «¡Escucha!», igual que decían las tías, y yo lo escuché—. Tu hermano y sus amigos están bien. Tu madre no tendría que ir allá. Unos chicos formaron una pandilla. Podrían violarla. Yo y otros estamos matando a los líderes. Tardaremos un poco. Tu hermano está en otra pandilla. Él está bien. Díselo a tu madre. Repite lo que te dije.

Se lo repetí palabra por palabra, como había aprendido a hacerlo cuando escuchaba.

—Perfecto. Bien —dijo él. Con sus piernas cortas y poderosas, volvió a ascender por la escarpada pendiente y desapareció.

Mamá decidió irse al Territorio en ese mismo momento, pero yo también le había transmitido el mensaje del hombre a Noyit, y entonces ella vino al porche de nuestra casa para hablar con mi madre. Yo la escuché, porque estaba hablando de cosas que yo no conocía muy bien y que mamá no conocía en absoluto. Noyit era una mujer pequeña y mansa, muy parecida a su hijo Ednede; le gustaba enseñar y cantar, así que los chicos siempre andábamos rondando su casa. Vio que mamá se estaba preparando para el viaje. Le dijo:

—El Hombre Casa Del Horizonte dice que los chicos están bien. —Cuando se dio cuenta que mamá no la estaba escuchando continuó, fingiendo estar hablándome a mí, porque las mujeres grandes no les pueden enseñar a las otras mujeres grandes—. Dice que algunos de los hombres están desbaratando la pandilla. Siempre hacen lo mismo cuando los chicos se vuelven malos. A veces hay magos entre ellos, líderes, muchachos más grandes, incluso hombres, que quieren formar pandillas. Los hombres radicados matan a los magos y se aseguran que ninguno de los chicos salga herido. Cuando las pandillas salen del Territorio, nadie está a salvo. A los hombres radicados no les gusta eso. Se encargan que el tianillo esté a salvo. Así que a tu hermano no le pasará nada.

Mamá seguía empacando raíces de pigi en su bolsa de red.

—Para los hombres radicados, una violación es algo muy, pero muy terrible —me dijo Noyit—. Significa que las mujeres no irán más a verlos. Si los chicos violaran a una mujer, probablemente los hombres matarían a todos los chicos.

Finalmente, mi madre escuchó.

No fue a reunirse con Nacido, pero durante toda la estación de lluvias se sintió absolutamente desgraciada. Se enfermó y la vieja Dnemi envió a Didsu a casa para que le administrara dosis de jarabe de ascofresa. Mientras estuvo enferma, acostada en su colchoneta, mamá tomó notas sobre las enfermedades y los medicamentos, y de cómo las chicas más grandes tenían que cuidar a las mujeres enfermas, puesto que las adultas no entraban en casa ajena. En ningún momento dejó de trabajar, ni dejó de preocuparse por Nacido.

En los últimos días de la estación de lluvias, cuando llegó el viento cálido y las floresmiel amarillas estaban abiertas en todas las colinas, en la época llamada Mundo Dorado, Noyit se acercó a casa mientras mamá trabajaba en el jardín.

—El Hombre Casa Del Horizonte dice que las cosas marchan bien en el grupo de jóvenes —dijo, y siguió caminando.

Mamá comenzó a darse cuenta que, aunque ninguna adulta había entrado jamás en su casa, y aunque las adultas rara vez se hablaban, y aunque los hombres y mujeres tenían sólo relaciones breves y a menudo fortuitas, y aunque los hombres vivían toda la vida en verdadera soledad, existía una especie de comunidad, una red ancha, delgada, fina, de delicada y auténtica intención y restricción: un orden social. Sus informes a la nave se inundaron de nueva comprensión. Pero seguía pareciéndole que la vida de Soro estaba empobrecida, y seguía viendo a esas personas como meros sobrevivientes, pobres fragmentos de la destrucción de algo grandioso.

—Mi querida —me dijo una vez, en hainita. No hay manera de decir «mi querida» en mi idioma. Cuando estábamos en casa, me hablaba en hainita para que yo no lo olvidara del todo—. Mi querida, explicar una tecnología incomprensible como producto de la magia es primitivismo. No es una crítica, sino una simple descripción.

—Pero la tecnología no es magia —le dije.

—Sí, lo es, en sus mentes. Mira la historia que acabas de grabar. ¡Los hechiceros del Tiempo Anterior podían volar por el aire, bajo el agua y bajo tierra en cajas mágicas!

—En cajas metálicas —la corregí.

—En otras palabras: aviones, túneles, submarinos; una tecnología perdida explicada como sobrenatural.

—Las cajas no eran mágicas —le dije—. La gente era mágica. Eran hechiceros. Usaban sus poderes para tener poder sobre otras personas. Para vivir como se debe, las personas tienen que alejarse de la magia.

—Eso es un imperativo cultural, porque hace algunos miles de años la expansión tecnológica descontrolada los llevó al desastre. Exactamente. Hay un motivo perfectamente racional para el tabú irracional.

Yo no sabía qué significaba «racional» e «irracional» en mi idioma; no podía encontrar palabras para decir lo mismo. «Tabú» era lo mismo que «venenoso». Escuché a mi madre porque una hija debe aprender de su madre y porque mi madre sabía muchísimas cosas que ninguna otra persona sabía, pero a veces mi educación era muy difícil. ¡Si ella hubiera usado más canciones e historias en sus enseñanzas y no tantas palabras, palabras que se escurrían de mí como el agua se escurre de la red!

Pasó la Época Dorada y el hermoso verano; volvió la Época Plateada, cuando la bruma descansa en los valles de las colinas antes que empiecen las lluvias, y luego comenzaron las lluvias y cayeron largamente, lentas y cálidas, día tras día. No habíamos tenido noticias de Nacido y Ednede por más de un año. Entonces, una noche, el suave golpeteo de la lluvia sobre el techo de mimbre de pronto se convirtió en un rasguño en la puerta y en un susurro:

—Shh... está 'ien... está 'ien.

Avivamos el fuego y nos acuclillamos en la oscuridad para hablar. Nacido estaba alto y muy delgado, como un esqueleto cubierto de piel seca. A causa de un corte, ahora tenía el labio superior levantado en una especie de mueca que le dejaba al descubierto los dientes y que le impedía pronunciar la «p», la «b» y la «m». Tenía voz de hombre. Se acurrucó junto al fuego, tratando de calentarse los huesos. Sus ropas eran harapos mojados. El cuchillo lo llevaba colgado del cuello, con un cordón.

—Estuvo 'ien —repetía—, 'ero no quiero volver allá.

No quiso contarnos mucho sobre el año y medio que había pasado en el grupo de jóvenes, insistiendo en que grabaría una descripción completa cuando estuviera en la nave. Sí nos habló de lo que tendría que hacer si se quedaba en Soro. Tendría que regresar al Territorio y ganarse un lugar entre los otros chicos, usando el miedo y la hechicería, haciendo ostentación de su fuerza, hasta tener la edad suficiente para marcharse, es decir, para abandonar el Territorio y vagar en soledad hasta encontrar un lugar donde los hombres le dieran permiso para radicarse. Ednede y otro chico habían formado pareja e iban a marcharse juntos, cuando cesaran las lluvias. Nos dijo que de a dos era más fácil, sobre todo si existía un vínculo sexual; mientras no compitieran por las mujeres, los hombres radicados no los desafiarían. Pero cualquier hombre solo, nuevo en la región y a una distancia de tres días de caminata a la redonda de un tianillo, tendría que hacerse valer entre los hombres ya radicados.

—Serían tres o cuatro años de lo 'ismo —dijo—. Desafíos, com'ates, siem're vigilando a los otros, en guardia, de'ostrando lo fuerte que soy, en estado de alerta toda la noche, todo el día, 'ara ter'inar viviendo solo toda la vida. No 'uedo hacerlo. —Me miró—. No soy una 'ersona —dijo—. Quiero volver a casa.

—Llamaré a la nave ahora mismo —dijo mamá en voz baja, con infinito alivio.

—No —dijo él.

Nacido miraba fijo a mamá; cuando ella se dio vuelta para decirme algo, él levantó la mano.

—Me iré yo solo —dijo Nacido—. Ella no tiene que irse. ¿Para qué? —Como yo, había aprendido a no usar los nombres propios sin motivo.

Mamá nos miró alternativamente a él y a mí, y luego lanzó una especie de carcajada:

—¡No puedo dejarla sola aquí, Nacido!

—¿Y tú por qué vas a ir?

—Porque quiero —dijo mamá—. Ya tuve suficiente. Más que suficiente. Dispongo de una tremenda cantidad de material acerca de las mujeres, más de siete años de material, y ahora tú puedes completar los vacíos de información sobre los hombres. Es suficiente. Ya llegó el momento, hace mucho que llegó el momento, de volver con nuestro propio pueblo. Todos nosotros.

—Yo no tengo pueblo —dije yo—. No pertenezco al pueblo. Estoy tratando de ser una persona. ¿Por qué quieres separarme de mi alma? ¡Quieres que haga magia! No lo acepto. No voy a hacer magia. No voy a hablar tu idioma. ¡No voy a irme contigo!

Mamá seguía sin escuchar; enojada, comenzó a contestarme. Nacido volvió a levantar la mano, como hacen las mujeres cuando están a punto de cantar, y mamá lo miró.

—Podemos hablar más tarde —dijo él—. Decidir. Necesito dormir.

Se ocultó en nuestra casa durante dos días, mientras decidíamos qué hacer y cómo hacerlo. Fueron días desgraciados. Yo me quedé en casa, fingiendo estar enferma para no verme obligada a mentir frente a las demás personas, y Nacido y mamá y yo charlamos y charlamos. Nacido le pidió a mamá que se quedara conmigo; yo le pedí que me dejara bajo la custodia de Sadne o Noyit. Cualquiera de las dos me aceptaría en su hogar, con toda seguridad. Se negó. Ella era la madre y yo la hija, y su poder era sagrado. Se comunicó con la nave por radio y dispuso que le enviaran una nave de descenso para recogernos en una zona árida, a dos días de caminata del tianillo. Caminamos todo el día siguiente, dormimos un poco cuando dejó de llover, seguimos caminando y llegamos al desierto. Sólo había piedras, huecos, cavernas y ruinas del Tiempo Anterior; el suelo estaba formado por pequeños pedacitos de vidrio, gránulos y fragmentos duros, como suele ser en los desiertos. Allí no crecía nada. Allí esperamos.

Se abrió el cielo y descendió una cosa brillante que se plantó ante nosotros, sobre las rocas, más grande que cualquier casa, aunque no tan grande como las ruinas del Tiempo Anterior. Mi madre me miró con una sonrisa extraña, vengativa.

—¿Es magia? —me preguntó.

Y para mí era muy difícil pensar que no lo era. Sin embargo, yo sabía que era un simple objeto y que en los objetos no hay magia, sino sólo en las mentes. No dije nada. No había dicho una palabra desde que partimos de casa.

Yo había resuelto no hablar nunca más con nadie hasta que estuviera de vuelta en casa, pero todavía era una niña, acostumbrada a escuchar y obedecer. En la nave, ese mundo

absolutamente extraño, aguanté sólo unas horas y luego comencé a llorar y a pedir que me dejaran ir. «Por favor, por favor, ¿ahora puedo irme a casa?».

Todos los de la nave fueron muy amables conmigo.

Yo pensaba en lo que Nacido había tenido que soportar y en lo que estaba soportando yo, comparando nuestras desgracias. La diferencia me parecía total. Él había tenido que estar solo, sin comida, sin refugio; un chico asustado tratando de sobrevivir entre rivales igualmente asustados, luchando contra la brutalidad de jóvenes mayores cuya única intención era poseer y conservar el poder, porque lo consideraban un signo de hombría. A mí me cuidaban, me vestían, me alimentaban con tanta abundancia que me asqueaba, me daban tanta calidez que me sentía afiebrada, me guiaban, me hacían entrar en razones, me alababan, me mimaban; los ciudadanos de una ciudad muy grande me ofrecían compartir sus poderes, porque lo consideraban un signo de humanidad. Nacido y yo habíamos caído en manos de hechiceros. Veíamos la bondad de la gente que nos rodeaba, pero ni él ni yo podíamos vivir con ellos.

Nacido me dijo que había pasado muchas noches desoladas en el Territorio, acurrucado en un refugio sin fogata, contando de nuevo las historias que había aprendido de las tías, cantando mentalmente las canciones. Yo hice lo mismo todas las noches que pasé en la nave. Pero no quise a contarles los cuentos ni cantarles las canciones a la gente de la nave. No quería hablar mi idioma en ese lugar. Así tenía una excusa para permanecer callada.

Mi madre estaba furiosa y por largo tiempo no me lo perdonó.

—Estás en deuda con nuestro pueblo por tus conocimientos —me decía.

Yo no le respondía, porque lo único que podía decirle era que ellos no eran mi pueblo, que yo no tenía pueblo. Era una persona. Tenía un idioma que no hablaba. Tenía mi silencio. No tenía nada más.

Fui a la escuela; en la nave, igual que en el tianillo, había niños de diferentes edades y muchos de los adultos nos daban clases. Aprendí principalmente historia y geografía Ekuménica y mamá me dio un informe sobre la historia de Once-Soro, lo que en mi idioma se llama el Tiempo Anterior. Leí que las ciudades de mi planeta habían sido las más grandiosas jamás construidas en cualquier mundo, abarcando dos continentes por entero, con pequeñas zonas reservadas a la agricultura; en esas ciudades vivían 120 mil millones de personas, mientras los animales, el mar, el aire y la tierra se iban muriendo, hasta que la gente también comenzó a morirse. Era una historia espantosa. Sentí vergüenza y hubiera deseado que ninguna otra persona de la nave o de los Ekumen la conociera. «Sin embargo», pensé, «si conocieran las historias del Tiempo Anterior que yo conozco, comprenderían que la magia siempre se vuelve contra sí misma y comprenderían que está bien que así sea».

Cuando había transcurrido menos de un año, mamá nos dijo que nos marcharíamos a Hain. El médico de la nave y sus máquinas inteligentes habían reparado el labio de Nacido; él y mamá habían dejado registrada toda la información que tenían; mi hermano ya tenía edad suficiente para comenzar el entrenamiento necesario para ingresar en las Escuelas Ekuménicas, como él quería. Yo no tenía buena salud y las máquinas no podían repararme. Perdía cada vez más peso, dormía mal, tenía terribles dolores de cabeza. Había comenzado a menstruar al poco tiempo de llegar a la nave, y cada vez que menstruaba los dolores eran una agonía.

—No es buena esta vida en la nave —me dijo mamá—. Necesitas estar al aire libre. En un planeta. En un planeta civilizado,

—Si me voy a Hain —le dije—, cuando vuelva las personas que conozco estarán muertas.

—Serenidad —me dijo—, debes dejar de pensar en términos de Soro. Nos fuimos de Soro. Debes dejar de engañarte y atormentarte y mirar hacia el futuro, no hacia atrás. Tienes toda la vida por delante. Hain es el lugar donde aprenderás a vivirla.

Reuní coraje y hablé en mi propio idioma:

—Ya no soy una niña. No tienes poder sobre mí. No iré. Váyanse ustedes. ¡No tienes poder sobre mí!

Me habían enseñado que esas eran las palabras que había que pronunciar al enfrentarse a un mago, a un hechicero. No sé si mi madre las comprendió del todo, pero sí entendió que lo que yo sentía por ella era un terror mortal, y entonces se hundió en el silencio.

Pasado un largo rato, dijo en hainita:

—De acuerdo. No tengo poder sobre ti. Pero tengo ciertos derechos: el derecho de la lealtad, el del amor.

—Nada que me someta a tu poder es bueno —dije, todavía en mi idioma.

Me miró de arriba abajo.

—Eres igual que ellos —dijo—. Eres igual que ellos. No sabes lo que es el amor. Estás encerrada en ti misma, como una piedra. Nunca debí llevarte a ese lugar. Gente que se agazapa junto a las ruinas de una sociedad... Gente brutal, rígida, ignorante, supersticiosa... viviendo en una terrible soledad... ¡Y yo permití que te convirtieran en su semejante!

—Tú me educaste —le dije, y mi voz comenzó a flaquear y mi boca a temblar con cada palabra—, y también la escuela de aquí, pero mis tías también me educaron y yo quiero completar mi educación. —Estaba llorando, pero seguía de pie, con las manos entrelazadas—. Todavía no soy una mujer. Quiero ser una mujer.

—¡Pero, Ren, lo serás! Diez veces más mujer de lo que jamás podrás serlo en Soro... Debes tratar de entender, de creerme...

—No tienes poder sobre mí —dije, cerrando los ojos y tapándome los oídos con las manos. Entonces, ella se me acercó y me abrazó, pero yo me quedé rígida, soportando su contacto, hasta que me soltó.

Mientras duró nuestra estadía en el planeta, la tripulación de la nave se había renovado por completo. Los Primeros Observadores se habían ido a otros mundos; ahora nuestro asesor era un arqueólogo getheniano llamado Arrem, una persona tranquila, observadora, nada joven. Arrem había descendido al planeta, pero únicamente en los dos continentes desérticos, y siempre le agradaba tener la oportunidad de hablar con nosotros, los que habíamos «vivido

con los vivos», como nos decía. Cuando estaba con Arrem me sentía cómoda, porque era muy distinto a todos los demás. Arrem no era hombre —yo no lograba acostumbrarme a estar constantemente rodeada de hombres—, y sin embargo tampoco era mujer, y tampoco era exactamente un adulto, y sin embargo tampoco era un niño: era una persona, una persona sola, como yo. No conocía bien mi idioma, pero siempre trataba de hablarlo cuando estaba conmigo. Cuando sobrevino la crisis, Arrem fue a ver a mi madre; tuvieron algunas reuniones de asesoramiento y él le sugirió que me dejara regresar al planeta. Nacido estuvo presente en algunas de esas charlas y me contó lo que dijeron.

—Arrem dijo que si te vas a Hain es muy posible que mueras —me contó—. Que muera tu alma. Dijo que algunas de las cosas que aprendimos son iguales a las que se aprenden en Gethen, en su religión. Con eso impidió que mamá se pusiera a vociferar contra las supersticiones primitivas... Y Arrem dijo que podrías ser útil para los Ekumen si te quedas en Soro y completas tu educación allí. Que serías una fuente de información invalorable. —Nacido lanzó una risita y yo, un momento después, también me reí—. Te excavarán como a un asteroide —dijo. Después agregó—: Ya sabes que si tú te quedas y yo me voy, estaremos muertos.

Así explicaban los jóvenes de las naves lo que pasaba cuando uno iba a viajar años luz y el otro se quedaba. Adiós; estamos muertos. Era la pura verdad.

—Ya sé —dije. Sentí que la garganta se me ponía tirante y tuve miedo. En mi mundo, nunca había visto llorar a un adulto, salvo cuando murió el bebé de Sut. Sut aulló toda la noche. «Aúlla como un perro», dijo mamá, pero yo nunca había visto ni oído a ningún perro. Yo sólo oía a una mujer que lloraba espantosamente. Tuve miedo de ponerme a llorar así—. Si me voy a casa, cuando termine de hacer mi alma tal vez pueda ir a Hain por un tiempo —dije, en hainita.

—¿A explorar? —dijo Nacido en mi idioma, y se rió y me hizo reír de nuevo.

Nadie logra retener a un hermano. Yo ya lo sabía. Pero Nacido había vuelto de la muerte, de modo que yo también podía volver de la muerte, o por lo menos podía fingir que así era.

Mamá tomó una decisión. Ella y yo nos quedaríamos en la nave otro año más, mientras que Nacido se iría a Hain. Yo continuaría asistiendo a la escuela; si al término de ese año yo seguía decidida a regresar al planeta, podría hacerlo. Entonces mamá se marcharía a Hain para reunirse con Nacido, conmigo o sin mí. Si yo alguna vez quería volver a verlos, podría ir más tarde. Era un arreglo que no satisfacía a nadie, pero era lo mejor que podíamos hacer y todos dimos nuestro consentimiento.

Cuando se fue, Nacido me regaló su cuchillo.

Después de su partida, traté de no enfermarme. Puse todo mi empeño en aprender todo lo que me enseñaban en la escuela de la nave y traté de enseñarle a Arrem a estar alerta y a evitar la brujería. Dábamos lentas caminatas juntos, en el jardín de la nave, y practicábamos la primera hora de movimientos del trance de los Handdara de Karhide, en Gethen. Coincidíamos en que éramos parecidos.

La nave permanecía en el sistema Soro no sólo a causa de mi familia, sino también porque la tripulación ahora estaba formada principalmente por zoólogos que habían venido a estudiar un

animal marino de Once-Soro, una especie de cefalópodo que había mutado hasta desarrollar un alto grado inteligencia, o que tal vez ya era muy inteligente de antemano. Pero había un problema de comunicación. «Casi tan grave como el que existe con los nativos humanos», nos dijo Constancia, la zoóloga que nos enseñaba y atormentaba sin piedad. Nos llevó abajo dos veces, en una nave de descenso, a las islas deshabitadas del Hemisferio Norte donde estaba su estación científica. Para mí era muy extraño bajar a mi mundo y sin embargo estar a un mundo de distancia de mis tías, mis hermanas y mi compañera de alma, pero no les dije nada.

Vi a la criatura enorme, pálida, tímida, surgiendo lentamente de las aguas profundas, con sus largos y movedizos tentáculos irisados de colores y emitiendo un silbido reverberante; fue todo tan rápido que terminó antes que pudiéramos diferenciar los colores o escuchar la melodía. La máquina de la zoóloga lanzó un resplandor rosado y emitió un gorjeo acelerado mecánicamente, que sonó metálico y débil en la inmensidad del mar. El cefalópodo respondió pacientemente en su hermoso idioma plateado y sombrío.

—PC —nos dijo Constancia, irónica. Problema de Comunicación—. No sabemos sobre qué estamos hablando.

Dije:

—Con la educación de aquí, aprendí algo. En una de las canciones, dice... —y vacilé, tratando de traducirlo al hainita— dice «el pensamiento es una forma de acción y las palabras son una forma de pensamiento».

Constancia me miró de arriba abajo, con desaprobación, pensé, pero posiblemente porque yo nunca le había dicho nada, salvo «sí». Finalmente, contestó:

—¿Sugieres que no habla con palabras?

—Tal vez no está hablando. Tal vez está pensando.

Constancia me siguió mirando un poco más y luego dijo:

—Gracias.

Parecía que ella también estaba pensando. Tuve deseos de hundirme en el agua, igual que lo estaba haciendo el cefalópodo.

Los otros jóvenes de la nave eran simpáticos y corteses. Eran palabras que no tenían traducción en mi idioma. Yo era antipática y de malos modales, y ellos me dejaban ser como quería. Estaba agradecida. Pero en la nave no había lugar para estar sola. Por supuesto, cada uno tenía una habitación; aunque pequeña, la Heyho era una nave exploradora construida en Hain, diseñada para darle espacio, privacidad, comodidad y belleza a una tripulación que debía vagar por un sistema solar durante años y años. Pero estaba diseñada. Estaba totalmente hecha por humanos... todo era humano. Yo tenía mucha más privacidad de la que jamás había tenido en casa, en nuestra vivienda de un solo ambiente, y sin embargo allá era libre y aquí estaba atrapada. Sentía la presión de la gente a mi alrededor, constantemente. Gente que me rodeaba, gente que me acompañaba, gente que me presionaba para que fuera una de ellos, de ellos, del Pueblo. ¿Cómo lograría hacer mi alma? Apenas lograba aferrarla. Tenía terror de perderla del todo.

Una de las rocas de mi bolsa de alma, una piedrita fea y gris que había recogido cierto día en cierto lugar, en las colinas que se elevaban sobre el río, en la Época Plateada, era un pedacito de mi mundo que se convirtió en mi mundo. Todas las noches, acostada en la cama, la sacaba y la tenía en la mano, esperando el sueño, pensando en la luz del sol sobre las colinas cercanas al río, escuchando el suave zumbido de los sistemas de la nave, como un mar mecánico.

El médico, esperanzado, me hacía beber varios tónicos. Mamá y yo desayunábamos juntas todas las mañanas. Ella seguía trabajando, haciendo notas de todos los años que había pasado en Once-Soro para luego escribir el informe a los Ekumen, pero yo sabía que el trabajo no iba bien. Su alma estaba mucho más en peligro que la mía.

—Nunca te darás por vencida, ¿verdad, Ren? —me dijo una mañana, en el silencio de nuestro desayuno. Yo no tenía la intención de utilizar el silencio como mensaje. Solamente me refugiaba en él.

—Mamá, quiero irme a casa y quiero que te vayas a casa —le dije—. ¿Podemos?

Su expresión fue extraña por un momento, porque me interpretó mal; después fue cambiando, de dolor a derrota, de derrota a alivio.

—¿Estaremos muertas? —me preguntó, con la boca torcida.

—No lo sé. Tengo que hacer mi alma. Recién entonces sabré si puedo volver aquí.

—Sabes que yo no puedo volver. La decisión es tuya.

—Ya sé. Ve a ver a Nacido —le dije—. Vete a casa. Aquí nos estamos muriendo las dos. —Después comenzaron a salir ruidos de mí, sollozos, aullidos. Mamá estaba llorando. Se me acercó y me abrazó, y yo pude abrazar a mi madre, apretarme a ella y llorar con ella, porque se había roto su hechizo.

Desde la nave de descenso que se aproximaba a la superficie, vi los océanos de Once-Soro y pensé, en la enormidad de mi alegría, que cuando fuera adulta y saliera sola iría a la costa a observar a las bestias marinas reverberando colores y melodías hasta averiguar qué era lo que estaban pensando. Las escucharía, aprendería, hasta que mi alma fuera tan inmensa como este mundo reluciente. Desiertos llenos de cicatrices que remolineaban debajo de nosotros, ruinas anchas como el continente, desolaciones sin fin. Tocamos la superficie. Yo tenía mi bolsa de alma y el cuchillo de Nacido colgado del cuello, un implante comunicador detrás del lóbulo de la oreja derecha y un botiquín con medicamentos que me había armado mamá. «Bueno, no tiene sentido morirse por un dedo infectado», me había dicho. La gente de la nave se despidió, pero yo me olvidé de hacerlo. Partí por el desierto, rumbo a casa.

Era verano; las noches eran cortas y cálidas. Caminé la mayor parte. Llegué al tianillo más o menos a mitad del segundo día. Me acerqué a mi casa con cautela, por si alguien se había mudado mientras yo no estaba, pero la encontré igual que como la habíamos dejado. Los colchones estaban mohosos; los puse al sol, junto con las sábanas, y comencé a revisar el

jardín para ver qué cosas habían seguido creciendo por sí solas. El pigi estaba pequeño y débil, pero tenía buenas raíces. Un niñito se acercó y se me quedó mirando; debía ser el bebé de Migi. Un rato después vino Hyuru. Se acuclilló cerca de mí, en el jardín, bajo el sol. Sonreí cuando la vi, y ella sonrió, pero demoramos un rato en encontrar algo que decirnos.

—Tu madre no volvió —dijo ella.

—Está muerta —dije.

—Lo lamento —dijo Hyuru.

Me observó desenterrar otra raíz.

—¿Vas a venir al círculo de canto? —me preguntó.

Asentí.

Volvió a sonreír. De piel marrón rosada y ojos grandes, Hyuru se había vuelto muy hermosa, pero su sonrisa era exactamente la misma que cuando éramos niñas.

—¡Hi, ya! —suspiró con profunda satisfacción, acostándose en la tierra con el mentón apoyado en los brazos—. ¡Qué bueno!

Yo continué cavando, en la gloria.

Ese año y los dos que siguieron, estuve en el círculo de canto con Hyuru y otras dos chicas. Didsu todavía seguía viniendo con frecuencia y también se incorporó Han, una mujer que se estableció en nuestro tianillo para tener su primer hijo. En el círculo de canto, las chicas mayores les transmiten a las demás las historias, canciones y todo conocimiento que hayan aprendido de sus propias madres, y las mujeres jóvenes que han vivido en otros tianillos enseñan lo que aprendieron allí, de modo que las mujeres van haciendo el alma de las otras y al mismo tiempo aprenden a hacer el alma de sus hijos.

Han vivía en la casa donde murió la vieja Dnemi. Mientras mi familia vivía aún allí, no había muerto nadie del tianillo, salvo el bebé de Sut. Mi madre se quejaba que no tenía ningún dato sobre la muerte y los sepelios. Sut se había ido con su bebé muerto para no regresar jamás y nadie hablaba del tema. Pienso que eso, más que cualquier otra cosa, fue lo que puso a mi madre en contra de las demás. Estaba enojada y avergonzada porque no había podido ir a consolar a Sut y porque ninguna otra lo había hecho tampoco. «No es humano», decía. «Es una conducta puramente animal. No podría haber una evidencia más clara indicando que esta es una cultura hecha pedazos; no una sociedad, sino los restos de una sociedad. De una pobreza terrible, aterradora».

No sé si la muerte de Dnemi la hubiese hecho cambiar de opinión. Dnemi agonizó largo tiempo, creo que por una insuficiencia renal; se puso de un color naranja oscuro, ictérico. Mientras pudiera moverse sola, nadie la ayudaba. Cuando no la veían salir de su casa por uno o dos días, las mujeres enviaban a sus hijos con agua, un poco de comida y leña. Así siguieron las cosas todo el invierno; después, una mañana, el pequeño Rashi le dijo a su madre que Tía Dnemi estaba «mirando fijo». Varias mujeres fueron a casa de Dnemi y entraron allí por primera y última vez. Mandaron a llamar a todas las chicas del círculo de canto, para que

aprendiéramos qué se debía hacer. Turnándonos, nos sentamos junto al cuerpo o en el porche de la casa y entonamos suaves canciones, canciones infantiles, dándole al alma un día y una noche para abandonar el cuerpo y la casa; después, las más ancianas envolvieron el cuerpo con las sábanas, lo ataron a una especie de camilla y partieron con él hacia las tierras desérticas. Allí lo devolverían, debajo de una pila de rocas o dentro de una de las ruinas de la ciudad antigua.

—Aquellas son las tierras de los muertos —me dijo Sadne—. Todo lo que muere, allí se queda.

Han se estableció en esa casa un año después. Cuando su bebé comenzó a nacer, le pidió a Didsu que la ayudara y Hyuru y yo permanecimos en el porche y observamos, para poder aprender. Fue algo maravilloso y alteró bastante el curso de mis pensamientos, y también el de Hyuru. Hyuru dijo:

—¡Me gustaría hacer eso!

Yo no dije nada, pero pensé «a mí también, pero dentro de mucho tiempo, porque una vez que tienes un hijo ya no estás sola nunca más».

Y aunque es de los otros, de las relaciones entre las personas, que yo escribo, el corazón de mi existencia siempre ha sido mi soledad.

Creo que no hay manera de escribir sobre la soledad. Escribir es contarle algo a alguien, comunicarse con otros. PC, como diría Constancia. La soledad es no-comunicación, es la ausencia de otros, es la presencia de un yo que se basta a sí mismo.

En el tianillo, desde luego, la soledad de una mujer está afianzada firmemente en la presencia, a corta distancia, de las otras mujeres. Es una soledad eventual, y por lo tanto humana. Los hombres radicados también están conectados estrechamente a las mujeres, aunque no entre sí; sus asentamientos son un elemento integral, aunque distante, del tianillo. Hasta la mujer que sale a explorar forma parte de la sociedad... una parte en movimiento, que conecta los asentamientos. Sólo es absoluto el aislamiento de la mujer o el hombre que optan por vivir apartados de los asentamientos. Están completamente fuera de la red. Hay mundos donde a esas personas las llaman santos, gente sagrada. Puesto que el aislamiento es una manera segura de evitar la magia, en mi mundo se supone que son hechiceros, marginados por otros o por su propia voluntad, por su conciencia.

Yo sabía que mi magia era fuerte —¿cómo podía evitarlo?— y comencé sentir el anhelo de escaparme. Sería mucho más fácil y más seguro estar sola. Pero al mismo tiempo, y cada vez más, yo quería saber algo sobre la gran magia inofensiva, los hechizos que existen entre hombres y mujeres.

Prefería recolectar víveres en el campo que dedicarme a la jardinería y salía mucho a las colinas; los días que salía, en vez de esquivar las casas de los hombres, vagaba cerca de ellas y las miraba, y miraba a los hombres que estaban afuera. Los hombres me devolvían la mirada. El cabello largo y brillante del Hombre Rengo Río Abajo se estaba poniendo un poco blanco, pero cuando se sentaba a cantar sus canciones, sus larguísimas canciones, yo acababa sentándome y escuchándolas, como si mis piernas se hubieran quedado sin huesos. Era muy atractivo. También lo era el hombre que yo recordaba como un muchacho llamado Tret, en el

tianillo, cuando yo era pequeña, el hijo de Behyu. Había regresado del grupo de jóvenes y de sus viajes, y había construido una casa con un lindo jardín en el valle del Riachuelo Piedra Roja. Tenía nariz grande y ojos grandes, brazos y piernas largas, manos largas; se movía muy silenciosamente, casi como Arrem durante el trance. Yo iba con frecuencia al valle del Riachuelo Piedra Roja, a recoger bajafresas.

Se acercó por el sendero y me habló:

—Eras la hermana de Nacido —dijo. Tenía la voz suave, serena.

—Está muerto —le dije.

El Hombre Piedra Roja asintió.

—Ese cuchillo era de él.

Yo nunca había hablado con un hombre de mi mundo. Me sentía extremadamente rara. Seguí recogiendo fresas.

—Estás juntando las verdes —dijo el Hombre Piedra Roja.

Su voz suave, sonriente, hizo que mis piernas volvieran a quedarse sin huesos.

—Creo que no te ha tocado nadie —me dijo—. Yo te tocaría con suavidad. Pienso en eso, en ti, desde la primera vez que viniste, a comienzos del verano. Mira, aquí hay una planta llena de fresas maduras. Ésas están verdes. Ven aquí.

Me acerqué a él, a la planta de fresas maduras.

Cuando estaba en la nave, Arrem me había dicho que muchos idiomas tienen una sola palabra para designar al deseo sexual, y al lazo que une a la madre y al hijo, y al lazo que une a los compañeros de alma, y al sentimiento por el hogar de uno, y a la adoración de lo sagrado: todas esas cosas se llaman amor. En mi idioma no hay ninguna palabra tan enorme. Quizás mi madre tenía razón y aquí, en mi mundo, la grandeza humana pereció junto con el pueblo del Tiempo Anterior, dejando solamente cosas y pensamientos pequeños, pobres, rotos. En mi idioma, «amor» es muchas palabras distintas. Aprendí una de ellas con el Hombre Piedra Roja. La cantamos juntos, el uno al otro.

Hicimos una casa de paja en una pequeña ensenada del riachuelo y dejamos abandonados nuestros jardines, pero recogimos muchísimas fresas dulces.

En el pequeño botiquín, mamá me había puesto anticonceptivo como para toda la vida. No confiaba en las hierbas sorovianas. Yo sí, y funcionaron.

Pero cuando decidí salir a explorar, más o menos un año después, en la Época Dorada, pensé que podría llegar hasta lugares donde escaseaban las hierbas adecuadas y entonces me adherí la pequeña joya anticonceptiva al lóbulo de la oreja izquierda. Después me arrepentí de

hacerlo, porque parecía brujería. Después me dije que no debía ser supersticiosa: el anticonceptivo no era más brujería que las hierbas, sólo que tenía un efecto más largo. Mi alma le había prometido a mamá que nunca sería supersticiosa. La piel creció y cubrió el anticon, y yo tomé mi bolsa de alma, el cuchillo de Nacido y el botiquín y salí a conocer el mundo.

Le había dicho a Hyuru y al Hombre Piedra Roja que me iría. Hyuru y yo cantamos y hablamos una noche entera, junto al río. El Hombre Piedra Roja me dijo, con su voz suave: «¿Por qué quieres irte?», y yo le contesté: «Para escaparme de tu magia, hechicero», cosa que era parcialmente cierta. Si continuaba acudiendo a él, tal vez terminaría por hacerlo para siempre. Yo quería que mi alma y mi cuerpo estuvieran en un mundo más grande.

Bueno, hablar de mis años de exploración es lo más difícil de todo. ¡PC! Una mujer que explora está completamente sola, a menos que decida pedirle sexo a un hombre radicado o que acampe en un tianillo por un tiempo, para cantar y escuchar en el círculo de canto. Si se acerca al Territorio de un grupo de jóvenes está en peligro, y si se topa con un vagabundo está en peligro, y si se lastima o entra en una zona contaminada está en peligro. No tiene responsabilidades, salvo con respecto a sí misma, y tanta libertad es muy peligrosa.

Tenía el pequeño comunicador en el lóbulo derecho; cada cuarenta días, como había prometido, enviaba a la nave una señal que significaba «todo bien». Si quería irme, tenía que enviar otra señal. Podría haber llamado a una nave de descenso para que me rescatara de alguna situación difícil, pero nunca se me ocurró usarlo, aunque estuve en situaciones difíciles un par de veces. Enviar la señal no era más que cumplir con una promesa que le había hecho a mi madre y a su pueblo, a la red de la que ya no formaba parte; era una comunicación sin significado.

La vida del tianillo, o la del hombre radicado, es repetitiva, como ya expliqué; por lo tanto, también puede ser monótona. No ocurre nada nuevo. La mente siempre quiere acontecimientos nuevos. Por lo tanto, para el alma joven existen los vagabundeos y la exploración, los viajes, el peligro, el cambio. Pero, por supuesto, los viajes, el peligro y el cambio traen aparejada su propia monotonía. Finalmente, siempre acaban siendo la misma «otra cosa», una y otra vez: otra colina, otro río, otro hombre, otro día. Los pies comienzan a describir un amplísimo círculo. El cuerpo comienza a pensar en lo que le enseñaron en casa, cuando aprendió a quedarse quieto. A estar alerta. A ser conciente de la mota de polvo bajo la planta del pie, y de la piel de la planta del pie, y del contacto y el aroma del aire en la mejilla, y de la caída y el movimiento de la luz en el aire, y del color del pasto en la colina alta que está del otro lado del río, y de los pensamientos del cuerpo y del alma, del reverberar y el irisar de los colores y sonidos en la clara oscuridad de las profundidades, moviéndose eternamente, cambiando eternamente, eternamente nuevos.

Así que, finalmente, volví a casa. Había estado ausente unos cuatro años.

Hyuru se había mudado a mi antigua casa al dejar la casa de su madre. No había salido explorar, pero había comenzado a ir al valle del Riachuelo Piedra Roja y estaba esperando un bebé. Me puse contenta de verla viviendo allí. La única casa vacía era muy vieja y estaba medio en ruinas, demasiado cerca de la de Hedimi. Decidí hacer una casa nueva. Cavé un círculo profundo; el borde me llegaba al pecho. Tardé casi todo el verano. Corté los palos, los até y entretejí, y luego rellené el esqueleto con una gruesa capa de barro, de adentro y de afuera. Recordé que había hecho lo mismo con mamá, hacía muchísimo tiempo, y que ella me

había dicho «Muy bien. Perfecto». Dejé la casa sin techar y el caluroso sol de finales del verano cocinó el barro hasta convertirlo en arcilla. Antes de la llegada de las lluvias, teché la casa con mimbre, con triple capa, porque ya estaba cansada de mojarme todo el invierno.

Mi tianillo no era un anillo, sino más bien una cinta que se extendía unos tres kilómetros, a lo largo de la orilla norte del río; mi casa, río arriba de las otras, alargaba esa cinta un buen trecho. Desde allí se veía el humo de la chimenea de Hyuru. La cavé en una ladera soleada, con buen drenaje. Sigue siendo una buena casa.

Me quedé a vivir allí. Parte de mi tiempo lo dedicaba a la recolección de frutos, al trabajo en el jardín, a las reparaciones y a todas las acciones aburridas y repetitivas de la vida primitiva, y otra parte a cantar y a pensar en las canciones e historias que había aprendido en casa y cuando estaba explorando, y también en las cosas que había aprendido en la nave. Muy pronto descubrí por qué las mujeres se ponen tan contentas cuando los niños vienen a escucharlas: porque las canciones y las historias existen para ser oídas y escuchadas. «¡Escuchen!», solía decirles a los niños. Los niños del tianillo iban y venían, como pececitos en el río, de a uno, de a dos o de a cinco, más pequeños y más grandes. Cuando venían, yo cantaba o les contaba historias. Cuando se iban, yo continuaba en silencio. A veces me incorporaba al círculo de canto, para entregarles a las niñas más grandes lo que había aprendido en mis viajes. Y eso era lo único que hacía, aparte de poner todo mi empeño, siempre, en estar alerta en todo lo que hacía.

Por medio de la soledad, el alma se salva de ejercer o de sufrir la magia; estando alerta, se salva de la monotonía, del aburrimiento. Si está alerta, nada es aburrido. Puede ser irritante, pero no aburrido. Si es placentero, mientras siga alerta el placer no disminuye. Estar alerta es el trabajo más difícil que puede realizar un alma, pienso.

Ayudé a Hyuru a tener su bebé, una niña, y jugué con ella. Luego, pasados un par de años, me quité el anticon del lóbulo izquierdo. Como me dejó un agujerito, me hice una perforación de lado a lado con una aguja al rojo y cuando se me curó me colgué una pequeña joya que había encontrado en una ruina, cuando estaba explorando. En la nave, había visto a un hombre que tenía una joya colgada de la oreja. Me la ponía cuando salía a recolectar víveres. No me acercaba al valle Piedra Roja. El hombre que vivía allí se comportaba como si yo le perteneciera, como si tuviera derechos sobre mí. Todavía me gustaba, pero no me gustaba su aroma a magia, ni que imaginara tener poder sobre mí. Me iba colina arriba, hacia el norte.

Más o menos para la misma época de mi regreso a casa, se había radicado en la vieja Casa Norte una pareja de jóvenes. Con frecuencia, los varones superaban exitosamente los grupos de jóvenes formando parejas, y también era frecuente que siguieran en pareja al abandonar el Territorio. Así tenían más posibilidades de sobrevivir. Algunos formaban parejas sexuales, otros no; algunos seguían en pareja para siempre, otros no. Uno de los miembros de esta pareja se había ido con otro hombre el verano anterior. El que se había quedado no era atractivo, pero me llamaba la atención. Tenía una especie de solidez que me gustaba. Su cuerpo y sus manos eran cortos y fuertes. Yo lo había cortejado un poco, pero era muy tímido. Un día, en la Época Plateada, cuando la bruma se acostaba sobre el río, me vio la joya colgada en la oreja y abrió grandes los ojos.

—Es linda, ¿verdad? —le dije.

Asintió.

—Me la puse para que me mires —le dije.

Era tan tímido que finalmente añadí:

—Si sólo te gusta el sexo con hombres, ya sabes, no tienes más que decírmelo. —Realmente, no estaba segura.

—Oh, no —dijo él—. No, no. —Tartamudeó y luego se dio vuelta como un rayo para retomar el sendero. Pero miró hacia atrás y yo lo seguí lentamente, todavía no muy segura de si me quería o si quería librarse de mí.

Me esperó delante de una casita, en un bosquecillo de raíz-roja, una casita encantadora, toda hojas por fuera, de modo que se podía caminar a un brazo de distancia y no verla. Adentro había esparcido una gruesa capa de pasto dulce, seco y suave, con aroma a verano. Entré gateando, porque la puerta era muy baja, y me senté en el pasto con perfume a verano. Él se quedó afuera.

—Entra —le dije, y él entró muy lentamente.

—La hice para ti —me dijo.

—Ahora házme un hijo —le dije.

E hicimos un hijo, tal vez ese día, tal vez otro.

Ahora les diré por qué, después de tantos años, llamé a la nave sin saber siquiera si todavía estaba allá, en el espacio entre los planetas, y pedí que una nave de descenso fuera a mi encuentro en las tierras áridas.

Cuando nació mi hija se cumplió el deseo de mi corazón y mi alma alcanzó la plenitud. Cuando nació mi hijo, el año pasado, supe que la plenitud no existe. Crecerá y se hará hombre, y se irá, y luchará y resistirá, y vivirá o morirá como debe hacerlo un hombre. Mi hija, que se llama Yedneke, es decir Hoja, como mi madre, crecerá y se hará mujer, y se irá o se quedará, según lo que elija. Yo viviré sola. Así debe ser y ese es mi deseo. Pero pertenezco a dos mundos; soy una persona de este mundo y una mujer del pueblo de mi madre. Les debo mis conocimientos a los niños de su pueblo. Por eso pedí que viniera una nave de descenso y hablé con la gente que la tripulaba. Me dieron a leer el informe de mi madre y yo escribí esta historia en la máquina, dejándola asentada para todos aquellos que quieran aprender una de las maneras de hacer el alma. A ellos, a los niños, les digo: ¡Escuchen! ¡Eviten la magia! ¡Estén alertas!